

**ARMADA DEL ECUADOR  
ACADEMIA DE GUERRA NAVAL  
Guayaquil**

-0-



**LECTURAS RECOMENDADAS**

**LA GUERRA DEL PELOPONESO  
J.A. CARDONA, DESCUBRIR LA HISTORIA**

**Lectura Recomendada por:**

**CALM Pablo Dousdebés Boada  
Asesor de la Academia de Guerra Naval**

2020

## **“La Guerra del Peloponeso”, de J.A. Cardona**

*Pablo Luis Dousdebés Boada*

*Contralmirante*

*Asesor de la Academia de Guerra Naval*

La Grecia antigua fue testigo de una de las más largas y cruentas guerras de toda la historia de Occidente, hasta el día de hoy. El conflicto terrestre y naval se extendió durante casi tres décadas, entre los años 431 a 404 anteriores a la Era cristiana, y enfrentó a dos sistemas de alianzas: la llamada Liga del Peloponeso, encabezada por Esparta, y la Liga de Delfos comandada por Atenas.

El estudio de la guerra del Peloponeso ayuda a esclarecer entre otros asuntos, los orígenes de la primera y segunda guerras mundiales, la Guerra Fría, y más recientemente la creciente y peligrosa competencia geopolítica entre Estados Unidos y China, es decir, entre un poder democrático -como la Atenas del siglo V antes de Cristo-, responsable principal del existente orden de cosas internacional, y por otra parte su rival asiático en ascenso, que combina el capitalismo de Estado con el control totalitario del partido comunista. A semejanza de Esparta en los tiempos de la guerra del Peloponeso, la China de hoy es una sociedad centralizada y autoritaria, pero también –y en ello se asemeja más bien a Atenas- es un poder emergente que pone en juego los equilibrios vigentes y suscita aprensión y temores en los demás. Si bien es cierto, como afirma Henry Kissinger, que “la historia enseña por analogía, no por identidad”, también lo es que las analogías históricas son pocas veces perfectas y deben usarse con ponderación.

La Atenas del siglo V antes de Cristo era democrática y también imperial y amenazante a ojos del resto; Esparta era autoritaria, cerrada, disciplinada y recelosa del aumento del poder y ambiciones de su rival. Algunos han querido ver en Estados Unidos una Atenas actualizada y a China como equivalente a Esparta, pero lo cierto es que el poder conservador es hoy Estados Unidos, una democracia, y el que emerge y cuestiona los esquemas tradicionales un Estado totalitario.

Para quienes lean estas notas, será fácil aplicar las consideraciones históricas a nuestras actuales realidades internacionales, de modo singular a las tensiones que hoy en día se manifiestan entre Estados Unidos, China, Rusia, y otros actores políticos, en torno al balance de poder en el mundo. De nuevo podemos percatarnos de que los procesos históricos se repiten, así como hoy, a lo largo de la guerra fría y en un pasado no muy remoto en la lucha de poderes previo al estallido de la segunda guerra mundial.

### **Bibliografía:**

Cardona, J. A. (2017). La Guerra del Peloponeso. En *El siglo de Atenas: El esplendor de la Grecia clásica* (p. 143). EMSE EDAPP.

Nota de Descargo: Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan la opinión de la Academia de Guerra Naval o la Armada del Ecuador.

## LA GUERRA DEL PELOPONESO 431-404 a. C.

El apogeo ateniense, que había comenzado tras la Segunda Guerra Médica (480-479), concluyó con la prolongada guerra del Peloponeso, que enfrentó a Atenas con Esparta entre 431 y 404 y tuvo desastrosas consecuencias para la ciudad ática. No es que las cerca de cinco décadas que mediaron entre ambas guerras fueran un remanso de paz, puesto que durante el siglo V fueron pocos los años en los que Atenas no estuvo implicada en algún conflicto. Las constantes rivalidades entre las diferentes polis de la Hélade impidieron cualquier política griega coherente y estable. Pues solo llegaron a formar una unidad nacional en ocasiones muy concretas y breves, como cada cuatro años para los Juegos Olímpicos o Panhelénicos. Si el enfrentamiento bélico entre las dos grandes, Esparta y Atenas, tardó cinco décadas en llegar, fue solo porque Atenas mantuvo la hegemonía en la Hélade y su supremacía al mando de la Liga de Delos debido a su fuerza naval y a sus aciertos diplomáticos. Así pues, Atenas conservó su posición de polis dominante en el siempre agitado y tenso mundo de las ciudades-estado griegas, a pesar de que fueron numerosas las contiendas que libró durante lo que bien se podría llamar la «Guerra Fría» (479-431). En ese período conocido como *Pentecontecia* (literalmente 'período de cincuenta años') alternó victorias, como las de las islas de Tasos en 564, Egina en 457-456 y Samos en 441, y derrotas como las habidas ante los peloponesios en Beocia en 456, los persas en la desembocadura del Nilo en 454 o los beocios en 446. Pero la guerra del Peloponeso pondría fin al Siglo de Oro ateniense.

### Los prolegómenos

La doria Esparta y la jonia Atenas no habían cesado en su constante rivalidad como las dos polis más potentes de la Hélade. Desde que las guerras médicas las unieran contra el enemigo común persa, se habían enfrentado directamente en 454 y 446, e indirectamente mediante aliados. Y seguramente, la razón por la que no combatieron antes de 454 fuera porque los espartanos estaban demasiado ocupados en la Tercera Guerra Mesenia, en su propia península.

El período 460-445, conocido por algunos historiadores como la Primera Guerra del Peloponeso, estuvo marcado por escaramuzas y guerras de pequeño ámbito entre las dos polis y sus aliados de las Ligas de Délos y el Peloponeso, respectivamente. En este primer conflicto Atenas fue capaz de conservar su hegemonía y gran parte de sus dominios, pese a los graves reveses que sufrió frente a los espartanos en la batalla de Tanagra en 457, frente a los persas en Egipto en 454 y frente a los beocios en la batalla de Coronea que supuso la independencia de Beocia en 446. Entre Atenas y Esparta hubo correlación de fuerzas, carrera armamentista y diversos movimientos estratégicos. Algunos aliados cambiaron de bando, así Megara ingresó en

la Liga del Peloponeso y la isla de Egina pasó a ser un Estado tributario de Atenas.

Con la Paz de los Treinta Años (acordada en el invierno de 446- 445), las rivales ática y laconia pactaron una época de no agresiones y contención que, como veremos, no sería respetada, puesto que en 431 se declaró la gran guerra entre ellas. Pero en líneas generales, ambas potencias griegas coexistieron en relativa paz durante unos años, mientras Atenas se volcaba en conservar su imperio del Egeo y Esparta se centraba en el dominio del Peloponeso. Nadie se decidió a romper este estado de cosas, hasta que finalmente las hostilidades se declararon en 431.

### **La guerra abierta: 431-404**

El tránsito de las escaramuzas y hostilidades a la guerra abierta entre Atenas y Esparta requirió algunos pasos. Y visto en retrospectiva, muchas de las circunstancias que antecedieron al estallido de la guerra se entienden mejor como pretextos y ocasiones forzadas en pos de un enfrentamiento que Esparta deseaba para acabar con la supremacía ateniense.

Entre estas circunstancias cabe destacar la reacción de la Liga del Peloponeso a la intervención cada vez más decidida de Atenas en la parte occidental de la Hélade. En la revuelta de la isla de Samos (440- 439), al este del mar Egeo, Esparta se había mostrado partidaria de apoyar al frente secesionista local frente a la metrópoli ática, pero Corinto había votado en contra de involucrarse en un conflicto tan lejano. Sin embargo, cuando en 433 Atenas instigó a la isla de Corcira (actual Corfú) —colonia corintia de la costa oeste del norte de Grecia situada en una posición comercial estratégica y provista de una potente flota— a independizarse de su metrópoli y la apoyó con una flota de veinte trirremes, Corinto abandonó su planteamiento neutral. La oposición entre Atenas y Corinto se intensificó a raíz de un conflicto en otra colonia corintia, Potidea. Esta estaba situada en la septentrional península de Calcídica y, aunque nominalmente pertenecía a la Liga de Delos, albergaba varias facciones favorables a Corinto. Cuando en 432 Atenas pretendió llevar a cabo una purga de magistrados desafectos para así afirmar mejor su poder, Potidea solicitó el apoyo de Corinto y Esparta, que enviaron un ejército de hoplitas en apoyo a la polis calcídea y otras vecinas suyas sublevadas contra Atenas. Esta impuso un asedio que se prolongaría durante tres años, tras los cuales los áticos resultaron victoriosos. Y Corinto, que anteriormente había ejercido una política contemporalizadora para frenar la tensión entre áticos y laconios, se alejó definitivamente de Atenas y se alineó abiertamente con su enemiga tradicional.

Por sí sola Esparta no había podido enfrentarse a la metrópoli ática, cuyo expansionismo había tolerado con impotencia y, como decíamos, había tenido que apartar la vista del Egeo y de gran parte de la Grecia continental. El cambio de política en Corinto alteró por completo el panorama. De pronto, la prioridad ya no era evitar la violación de la paz pactada, y lo que antes se consideraban desavenencias ahora eran provocaciones de alto nivel.

También la polis de Megara, en la misma Ática, estaba enfrentada a Atenas debido a algún tipo de embargo o prohibición comercial que esta le había impuesto. Además, no eran pocas las ciudades que sentían el dominio ateniense como una opresión de la que deseaban liberarse. Por vez primera en al menos dos décadas, en 431 se daba una coyuntura en la que parecía posible derrotar a la todopoderosa Atenas no en un conflicto localizado, sino en el conjunto de Grecia. Esparta hizo el movimiento necesario para desencadenar la guerra al alentar a su aliada Tebas, la principal ciudad de Beocia, a atacar Platea, perteneciente a la Liga de Délos y lugar simbólico para los atenienses desde la Segunda Guerra Médica. Esta ofensiva señaló ya irremediamente el inicio de la guerra del Peloponeso, que muchos historiadores prefieren denominar Segunda Guerra del Peloponeso, pues ocurrió después de los mencionados enfrentamientos entre 460 y 445. En ella se enfrentaron Atenas, con sus muchos aliados del mar Jónico, del mar Egeo y de Asia Menor, y Esparta respaldada por el Peloponeso (excepto Argos), Corinto, Beocia y Megara.

La guerra del último cuarto del siglo V fue brutal y sin cuartel, una erupción de odios acumulados y enconados durante decenios. Las ciudades sometidas fueron tratadas sin compasión: los hombres, asesinados, las mujeres y los niños, esclavizados. El testimonio que nos ha legado Tucídides, no desmentido por nadie, describe sin lugar a dudas el triunfo de la barbarie sobre cualquier atisbo de civilización y nobleza.

### **La situación de Atenas**

Cuando se declaró la guerra en 431, Pericles llevaba más de dos décadas en el poder tras ser votado año tras año por la Asamblea de ciudadanos. Hemos visto sus impresionantes logros culturales y la época de esplendor que favoreció, así como las realidades políticas y militares que los permitieron. También en esta guerra Pericles dio muestras de su gran talla de estratega, que sería realizada más si cabe al compararse con los mediocres dirigentes que le sucederían tras su muerte. En 458 había ordenado la construcción de los Muros Largos, unas murallas que rodeaban la ciudad y la unían a nueve kilómetros con su puerto del Pireo. Estos muros aseguraban la defensa de la polis y los suministros de alimentos por vía marítima, incluso, en situaciones de asedio por tierra (también se construyó un muro que la conectaba con su puerto secundario, Falero, pero este era mucho menos activo).

Tales murallas tendrían una importancia capital durante la guerra. Los atenienses pudieron resguardarse tras ellas, incluyendo a los muchos que tuvieron que desplazarse al interior de la ciudad y abandonar casas y propiedades en los campos circundantes. Los Muros Largos determinaron la estrategia ateniense en los primeros años de la guerra. Cuando los espartanos imponían su abrumadora superioridad terrestre invadiendo y asolando el Ática en incursiones anuales (en 431, 430, 428 y 427), tratando en vano de provocar a sus rivales al combate a campo abierto, los atenienses aguardaban intramuros mientras sus naves atacaban las ciudades y los

cultivos del Peloponeso. De esta manera los soldados atenienses recibían por barco, desde el mar Negro y el Egeo, el grano y otros productos que ya no podían recoger regularmente en sus propios campos.

La estrategia de los primeros años no dio grandes frutos para ninguno de los dos bandos. Los atenienses tuvieron que hacer un verdadero dispendio para financiar sus campañas navales en el Peloponeso y conseguir abastecer la polis, mientras que las anuales incursiones espartanas en el Ática, muy toscas desde el punto de vista estratégico, no reportaban ventajas estables debido a su carácter discontinuo y su breve duración (normalmente tres semanas, a lo sumo cuarenta días).

En 429 no hubo invasión terrestre porque los espartanos no querían contagiarse de la epidemia que asoló Atenas en los años 430 y 429 (y de nuevo en el invierno de 426-425). Su origen se sitúa en un barco atracado en el Pireo, desde el que se extendió fácilmente por la ciudad, pues estaba sobrepoblada debido a la táctica defensiva de proteger a todos los atenienses en el interior de los Muros Largos. Pericles, que sucumbiría a la peste en 429, había sido brevemente depuesto el año anterior por no haber conquistado en una situación favorable la ciudad de Epidaurio, en la Argólida, y por las inevitables tensiones que estallaron en la abarrotada Atenas. Pero se le había restituido enseguida en el mando de la ciudad. Los historiadores modernos aún no se ponen de acuerdo sobre hasta qué punto la plaga debilitó al bando ateniense y, por tanto, incidió en el resultado de la guerra. Algunos la consideran una de las causas principales del desenlace final.

A pesar de los efectos de la peste sobre la ciudad, no olvidemos que Atenas poseía un imperio, por lo que disponía de grandes recursos económicos, amasados durante las décadas en que había dominado con creciente predominio a la multitud de polis tributarias alineadas en la Liga de Delos. Este capital acumulado le permitiría costear una guerra onerosa: ganarse voluntades en ciudades lejanas, pagar a soldados mercenarios cuando era preciso y asegurar el suministro de provisiones al Pireo desde lejanas posesiones imperiales.

### **La situación de Esparta**

La polis laconia era en 431 la principal potencia militar griega por tierra, pero su poder naval era muy inferior al ateniense. Su proverbial organización, la férrea disciplina a la que sometía a sus ciudadanos desde la infancia —a los siete años eran separados de sus madres para ingresar en centros de instrucción donde permanecían hasta el momento de su casamiento— y la supresión del individualismo en aras del bien del Estado habían creado una casta de aguerridos soldados que solo vivían para la lucha. En cambio, esta militarizada Esparta no contaba con la financiación que requería el mantenimiento de una flota, pues no disponía de la riqueza que el comercio había proporcionado a otras grandes polis.

En efecto, Esparta no era un Estado rico (ni industrial, ni comerciante, ni culto, ni cosmopolita),

sino una oligarquía totalitaria dominada por una aristocracia agraria reaccionaria, sin ningún sentido de las relaciones diplomáticas ni de una organización económica más compleja que la explotación de las poblaciones vencidas y esclavizadas (ilotas). La polis laconia carecía de fondos y, a diferencia de Atenas, no recibía tributos sustanciales de las ciudades dominadas. Se aseguraba la fidelidad de sus aliados mediante intervenciones militares y decisiones políticas. Precisamente esta era la baza que podía jugar con los estados desafectos a Atenas, los que deseaban hacer caer su imperio. Esparta podía presentarse en 431 como «liberadora» de las polis sometidas a Atenas y a sus exigencias tributarias. El mayor obstáculo a su credibilidad era su inferioridad naval ante la potente flota que Atenas había nutrido desde el tiempo de Temístodes.

Lisa y llanamente, Esparta necesitaba fondos para pagar la construcción de una fuerza marítima capaz al menos de plantar cara a su rival. Y la única potencia en disposición de prestarle ese capital era Persia. Pero aceptar la ayuda de la ancestral enemiga asiática, a la que se había derrotado gloriosamente en Platea y se había resistido heroicamente en el desfiladero de las Termopilas, suponía borrar la historia: sería una traición y una deshonor que unos griegos acudieran a los bárbaros para derrotar a otros griegos. Además, implicaba asumir una ulterior exigencia militar: liberar también a las polis de Asia Menor, una obligación que a su vez contenía una irresoluble contradicción interna, puesto que para prestarle dinero Persia exigiría a Esparta garantías de que no intervendría en las polis jonias del este del Egeo, unas garantías que Esparta no podía ofrecer de ningún modo si buscaba la alianza de estas ciudades. Por otra parte, Persia no tenía en aquel momento demasiado interés en enfrentarse a Atenas, con la que estaba vigente un acuerdo de paz (Paz de Calías, c. 449).

En los 27 años de guerra la situación cambiaría mucho y, como veremos, Persia terminó por ofrecer a Esparta una ayuda que resultaría decisiva. Sin embargo, al inicio de la contienda los laconios debieron resignarse a aceptar su inferioridad marítima y confiar en su superioridad terrestre. Como hemos visto, lanzaron incursiones anuales en el Ática para asolar sus campos y atemorizar a la población, pero estas razias eran breves y no se convertían en ocupaciones. Los laconios no podían permanecer más de tres o cuatro semanas en el Ática por la limitada provisión de alimentos que los ejércitos podían llevar consigo y porque no querían dejar demasiado tiempo sin control a sus esclavos, los ilotas, que se quedaban cuidando de los campos en Laconia y Mesenia mientras los ciudadanos se dedicaban a la guerra. Los ilotas deseaban sustraerse a la opresión espartana, y se habían levantado en armas contra ella repetidamente. Este aplastamiento sistemático no había extinguido la aspiración a recuperar la autonomía, y los espartanos lo sabían. Por ello, no podían dejar el Peloponeso desguarnecido.

### **La guerra arquidámica (431-421)**

La situación al estallar la guerra en 431 era similar para ambas ciudades: Atenas dominaba el mar

y Esparta, la tierra. Los laconios lanzaban sus incursiones anuales en el Ática, pero aparte de socavar la moral del adversario no obtenían ventajas duraderas debido a su discontinuidad y brevedad. Los atenienses castigaban la costa peloponesia con su flota de trirremes. A la primera década de la guerra (431-421), caracterizada por estas dos estrategias, los historiadores suelen llamarla «guerra arquidámica», por el rey espartano Arquidamo. Empezó con una importante victoria naval ateniense en la batalla de Naupacto (429), donde los trirremes derrotaron a una flota corintia y disuadieron a Esparta de emprender acciones en el norte. Después el curso de la guerra se torció para Atenas por la referida plaga, que diezmó a la población y al ejército áticos y se llevó a su político y general más sagaz y carismático, Pericles, a raíz de lo cual el mando militar recayó en ciudadanos menos preparados que aplicaron una estrategia no tan conservadora y una mayor audacia o temeridad que les dieron algunas iniciales victorias parciales a los atenienses. Estos penetraron en Beocia y Etolia y empezaron a consolidar sus posiciones en el Peloponeso.

En 425 consiguieron además un notable golpe de efecto psicológico cuando apresaron a 120 soldados de Esparta —hasta 300 según algunas fuentes— en la batalla de la isla de Esfacteria (ante la costa peloponesia occidental) y se los llevaron como rehenes a su ciudad. El resultado de la batalla de Esfacteria, en la que la infantería ligera ateniense logró la proeza de derrotar a los temibles hoplitas espartanos, fue determinante además para el desenlace de la simultánea y muy cercana batalla del golfo de Pilos. Con la conquista de otra isla jónica, Citera (424), Atenas ganó una posición lo bastante cercana a Esparta como para lanzar ataques contra la costa laconia y amenazar con levantar una rebelión entre los ilotas. No desató este alzamiento, lo cual fue un grave error estratégico, pues según muchos historiadores el apoyo de los esclavos del territorio laconio le habría dado muchas posibilidades de conseguir una victoria definitiva. Los espartanos también tuvieron sus éxitos en la década de la guerra arquidámica. El general Brásidas capturó la ciudad comercial de Anfípolis (424-422), en el norte del Egeo, así como varias otras polis vecinas.

### **La Paz de Nicias**

Brásidas murió al término de esta campaña (422), igual que Cleón, el estratega que había reemplazado a Pericles en Atenas y cuya extracción social era propietario de una curtiduría, algo nada aristocrático— y sus formas poco elegantes irritaban a los reaccionarios. Pero fue un buen general y artífice de la victoria de Esfacteria. La muerte de ambos generales aceleró el acuerdo de paz entre los bandos, extenuados al cabo de una década de hostilidades. En 421 se pactó la paz llamada de Nicias, nombre de un aristócrata ateniense que fue uno de los principales negociadores. No es extraño que fuera el partido aristocrático el que deseara firmar la paz con Esparta, porque para empezar nunca había deseado la guerra, pues era lógicamente partidario del modelo conservador y reaccionario que siempre había prevalecido en Laconia. Había sido el bando demócrata, el de Pericles, el que se había erigido como enemigo de la aristocracia

espartana y había decidido ir a la guerra. La paz se acordó para cincuenta años en los que ambas polis se comprometieron a prestarse ayuda mutua en caso de que en cualquiera de las dos estallara una rebelión. Se pactó también que Anfípolis fuera devuelta a Atenas —acuerdo que esta ciudad norteña rehusó—, y Citera, a Esparta, así como el retorno de los prisioneros capturados en Esfacteria. La década concluía sin que Esparta hubiera realizado su aspiración de desmontar o al menos socavar el Imperio ateniense.

La paz no duró, ni mucho menos, el tiempo previsto: quedó en seis años, e incluso estos fueron convulsos, y estuvieron marcados por refriegas dentro y en la periferia del Peloponeso. Argos, tradicional enemiga de Esparta en la península, y otras polis peloponesias tan poderosas como Elis y Mantinea crearon una coalición democrática con el apoyo apenas disimulado de Atenas, lo que, por supuesto, no dejó de irritar a los laconios. La situación se agravó hasta desencadenar, en 418, la batalla de Mantinea entre un ejército espartano y tegeata frente a otro formado por soldados mantineos, argeos y atenienses, con una victoria del primero que aseguró el control espartano del Peloponeso. Por otro lado, Corinto y Megara habían salido bastante mal paradas de la guerra arquidámica, con pérdidas de posesiones en el norte del Egeo, y se sentían traicionadas por Esparta, que debía haber defendido sus intereses. La situación en Grecia, pues, distaba de estar calmada, y la paz, más que precaria, parecía inviable.

A todos estos graves problemas de fondo se sumó la aparición de un personaje brillante y nefasto en Atenas. Alcibíades, un joven aristócrata extravagante y falto de cualquier principio moral, que aprovechó aquel río revuelto para sacar una ganancia personal. Convenció a la Asamblea para que apoyara una expedición a Sicilia, donde la ciudad de Segesta pedía auxilio frente a una aliada de Siracusa, la ciudad más rica de la isla. El argumento era que Sicilia, famosa por su fertilidad, sería un activo económico de primer orden, pero no se veía de ninguna manera cómo podía ayudar a Atenas en su estrategia frente a Esparta, y resultaba en cambio evidente que enviar una flota a un lugar tan lejano suponía un gran riesgo. Alcibíades aseguró que Sicilia sería una gran fuente de riqueza para Atenas, garantizó que su conquista sería fácil, y no trató las espinosas cuestiones de cómo se mantendría la ocupación o qué ocurrida en caso de derrota. La Asamblea se dejó convencer y aprobó en el verano de 415 enviar una impresionante y descabellada campaña formada por 134 trirremes y 5000 hoplitas. Pero no confió este contingente a Alcibíades solo, sino que lo hizo acompañar de otros dos comandantes: el prudente aristócrata Nicias, el mismo que había negociado el acuerdo de paz con Esparta, quien había tratado de disuadir a la *Ekklesía* de lo que consideraba una aventura insensata, y Lámaco, que había de hacer de puente entre los dos.

La expedición a Sicilia (415-413) fue un desastre sin paliativos. Los isleños apenas dieron apoyo alguno a la flota ateniense —Alcibíades había asegurado a la Asamblea que el respaldo sería masivo—, y los comandantes no tardaron en poner de manifiesto su completa ignorancia de

la geografía siciliana. Alcibíades abandonó la expedición que él mismo había gestado y se marchó a Esparta, llevando a cabo la primera de una larga cadena de traiciones. Lámaco murió en un combate. El mando recayó, pues, en Nicias, el acérrimo y sensato opositor a aquella campaña. Por sentido del deber, dirigió un prolongado sitio a Siracusa, con bastante éxito hasta que llegó una fuerza espartana que resultaría decisiva por su colaboración con los siracusanos. Los atenienses perdieron la mitad de su flota, y se estima que aquella absurda expedición organizada por el desertor Alcibíades y aprobada por la Asamblea pudo costar miles de vidas.

Atenas quedó muy maltrecha, no solo por la pérdida de naves y soldados, sino por el desprestigio en todo su imperio. En la polis misma el partido demócrata cayó en desgracia y fue sustituido en 411 por un gobierno aristocrático llamado de los Cuatrocientos, indisimuladamente favorable a Esparta, un baluarte inexpugnable de los principios reaccionarios. Hubo alzamientos en polis del norte del Egeo y de Asia Menor, aunque la metrópoli los pudo reducir por la fuerza. De todos modos, la mayoría de ciudades se mantuvieron leales a Atenas, considerada una opción mejor que la sumisión a Persia, la odiosa alternativa. Debilitada y a duras penas, Atenas logró mantener su supremacía y su imperio. La flota creada a lo largo de medio siglo con los tributos de la Liga de Délos y las reservas de fondos aún existentes, daba para mucho.

### **La guerra de Decelia**

Esparta, que no había cesado de desconfiar de Atenas y había observado con alarma la creación de la liga demócrata en el Peloponeso entre argivos, mantineos y la ciudad de Elis, convirtió su intervención en Siracusa en la reanudación de la guerra. Era consciente del debilitamiento ático, así como de sus propias carencias navales. Y en 411 cometió su gran traición: pactó con Persia, con los bárbaros, para derrotar a su enemiga griega. Pidió dinero para construir una flota y pagar mercenarios a cambio de ceder el control de las ciudades helenas de Asia Menor. El oro persa resultaría decisivo para decantar la victoria del lado laconio y cambiar la historia de Grecia.

El apoyo de Persia a Esparta tiene como mínimo dos explicaciones. En primer lugar, los laconios eran para ella un rival menos temible que los áticos, puesto que estaban geográficamente más lejos y, además, no podían desguarnecer por mucho tiempo la península debido a los problemas con los ilotas, que solo aguardaban una ocasión favorable para rebelarse. A esto hay que añadir un garrafal error estratégico de Atenas al respaldar a dos sátrapas sublevados contra el rey persa. Así pues, el apoyo a Esparta fue también una represalia contra Atenas. A cambio, los laconios se comprometieron a no inmiscuirse en la costa de Asia Menor ni en ningún otro dominio del Imperio persa.

La última fase de la guerra del Peloponeso (413-404) es llamada a menudo «guerra de Decelia» o guerra decélica. Esto se debe a la fortificación que los espartanos —asesorados por el

renegado Alcibíades— levantaron en la ciudad de Decelia, muy próxima a Atenas. Esta fortificación les permitió interrumpir por completo los suministros por tierra de la ciudad, y cortar la explotación de las minas de plata de Laurion, la principal fuente de recursos del Imperio ateniense. Además, arrebataron a Atenas 20.000 esclavos, la mayoría de las minas, que pasaron a su servicio.

En los últimos años de la guerra, las hostilidades se centraron en el Helesponto, por donde pasaba el suministro de grano procedente del mar Negro, tan vital para la subsistencia de los atenienses. Los espartanos sabían que cerrar el tránsito en el estrecho equivalía a cortar el aprovisionamiento de sus rivales. Las dos flotas se enfrentaron largamente en el norte del Egeo. Atenas pudo resistir aún algunos años, en los que tuvo sus jornadas de gloria. En 411, 410 y hasta en 406, logró victorias que a punto estuvieron de llevar a Esparta a acordar la paz. El partido demócrata derrocó a los Cuatrocientos oligarcas de Atenas. Increíblemente, la ciudad readmitió al traidor Alcibíades como general —grande debía de ser la desesperación de polis, o efectivo el poder de seducción del aristócrata—, y esta vez confiarle el mando les dio algunas victorias. Pero el oro persa mantuvo a Esparta en la brecha. Atenas triunfó en la importante batalla naval de Arginusas (406), unas pequeñas islas situadas entre Lesbos y el continente, en la que los espartanos perdieron más de 70 navíos por 25 de los atenienses. Pero la flota espartana dirigida por el muy capaz comandante Lisandro se impuso en la decisiva batalla de Egospótamos (405), en la que con unos 200 barcos capturó 170 de los 180 trirremes atenienses. El suministro de cereales por el Helesponto estaba cortado. Atenas, sitiada por tierra, incomunicada por mar, sumida en la hambruna y asolada por las epidemias, se rindió en mayo de 404.

Sin embargo, Esparta no fue tan cruel con sus vencidos como Atenas lo había sido tantas veces con los suyos. A pesar de que Tebas, Corinto y otras ciudades reclamaron su destrucción total, Esparta se mostró clemente con ella, y recordó que había defendido al conjunto de Grecia en momentos de necesidad. No hay que pecar de ingenuidad y buscar nobleza en esta guerra tan brutal: Esparta deseaba que una Atenas debilitada pero aún intimidatoria hiciera de freno al creciente poder de aquellas dos ciudades emergentes. Una postura retórica que pertenece a una *realpolitik* más pragmática. Así pues, los hombres no fueron asesinados, ni esclavizadas las mujeres y los niños. Las medidas impuestas fueron la pérdida del Imperio ateniense y de gran parte de lo que quedaba de flota, así como la destrucción de los Muros Largos que habían protegido la polis y su puerto. Se impuso el gobierno reaccionario llamado de los Treinta Tiranos, que de todos modos fue sustituido por otro democrático en 403.

Atenas no fue destruida, y aunque ya no volvería a ser la metrópoli de un imperio, pudo salir a flote y participar en la historia griega. Recuperó su democracia y su independencia, y también reconstruyó su flota. Pero su época dorada había quedado atrás. También la del conjunto de Grecia, exhausta después de más de un cuarto de siglo de guerra. Desde 404 Esparta sustituiría

a Atenas como polis hegemónica y demostraría una vez más su incapacidad para gestionar la política en tiempos de paz y la falta de un dirigente genial como Pericles. El conjunto de la Hélade quedó sumido en la desunión más absoluta durante décadas. La preponderancia espartana no duraría mucho: Tebas derrotó a los laconios en la batalla de Leuctra en 371, y se convirtió en la polis dominante en Grecia hasta que desde mediados de siglo la desplazaron los macedonios del rey Filipo II, padre de Alejandro Magno. Atenas mantendría su sistema democrático durante buena parte del siglo IV, hasta el año 322, pero convertida ya en una polis sin poder ni influencia sobre las demás.